

sin duda por ser ésta de las más prósperas y felices.

«¡Hola, Remigio!... señora doña Catalina,... don Nazario,... don Ladislao, aquí estamos todos...»

Los saludos duraron hasta después que el gordinflón paleta-señor tomó asiento sin ceremonia, disponiéndose á comer cuanto le diesen. Porque, eso sí, hombre de mejor diente no lo había en todo el partido judicial, con la particularidad notable de que no sabía ponerse tasa en la bebida.

«¿Sabe usted lo que estábamos hablando, amigo don Pascual?—dijo el curita de San Agustín.—Que ésta es una gran finca, y que es lástima no trabajarla.

—¡Hombre, á quién se lo cuenta! Si estos señores Feramores no tienen perdón de Dios... ¡Menuda brega tuve yo con el Marqués actual y con el otro, para que tiraran aquí veinte ó treinta mil durillos! Sí, lo digo: era sembrarlos hoy, para coger el día de mañana, cinco años más ó menos, tres ó cuatro millones. Y esto sólo con el ganado, que metiéndonos á ponerlo todo de labrantío... ¡Jesús, oro molido...! Es una tierra ésta, que no la hay mejor ni donde están las pisadas de la Virgen Santísima, ea.»

Don Pascual se incomodaba al tocar este punto, viéndose precisado á sofocar su enojo

con copiosas libaciones. Y como siguieran hablando del mismo asunto, concluyó por expresar una idea muy atrevida.

«Yo que la señora Condesa,... digo lo que siento, sin ofender, ea,... pues yo que la señora, me dejaría de capillas y panteones, y de toda esa monserga de poner aquí al modo de un convento para observantes *circuspetos* y *mendicativos*, dedicando todo mi capital á...

—Poco á poco—replicó vivamente don Remigio,—no paso por eso. Lo espiritual es lo primero.

—¡Potras corvas! ¿Y de qué sirve lo *espertual* sin lo... sin lo otro?

—Yo que la señora Condesa, persistiría impertérrito en mi grandioso plan... contra el dictamen de los estripaterrones.

—Y yo, contra el *ditame* de los engarza-rosarios, digo que sí... no, digo que no... que sí.

—Si no sabe usted lo que dice, amigo don Pascual.

—¡Vaya! paz y concordia entre los príncipes cristianos—dijo doña Catalina risueña.—Por un exceso de consideración á mis huéspedes, me permito el lujo de darles uná golosina: café.»

Alabado y festejado por todos el obsequio, Amador y don Remigio lograron encontrar una fórmula de transacción entre sus opuestos pareceres. Al servir el café, doña Catalina pidió

perdón por la pobreza y rustiquez de la comida, añadiendo que para otra vez tendrían pan bueno, hecho en casa, y menos desigualdades en vajilla y servicio de mesa.

Mientras las mujeres comían, salieron los hombres al patio, llevando cada uno su silla, y allí platicaron formando dos grupos. Don Remigio y Amador charlaban de los asuntos de Colmenar Viejo, de lo mal mirado que en la cabeza del partido estaba el cura titular, y de los esfuerzos que hacían los caciques para hacerle saltar de allí... Naturalmente, se gestionaría para que ocupase la vacante el curita de San Agustín. Á otra parte hablaban Urrea, don Ladislao y Nazarín, preguntando el primero al segundo si seguía cultivando la música en aquel retiro, á lo que contestó el afinador que no le hablaran á él de músicas ni danzas, pues se hallaba tan contento y gozoso en su nueva vida, que había tomado en aborrecimiento todo su pasado musical y cabrerizo. La mejor ópera no valía ya tres pitos para él, y aunque le aseguraran que había de componer una superior á todas las conocidas, no quería volver á Madrid. Salió Nazarín á la defensa de arte tan bello, y le propuso que siguiera cultivándolo allí, pues se compadecía muy bien la música con la vida campestre. Y añadió que él se permitiría aconsejar á la señora Condesa que trajese un órgano,

para que don Ladislao compusiera tocatas campesinas y religiosas, y les deleitara á todos con aquel arte tan puro y que hondamente conmueve el alma.

Con éstos y otros paliques, fué llegada la hora de la partida, y Urrea no cabía en sí de inquietud, por no haber podido hablar á solas con su prima, ni ésta decirle que se quedara, como era su deseo. El temor de que contestase con una rotunda negativa á su propósito de permanecer en Pedralba, le sobresaltó de tal modo, que no tuvo ánimos para formularlo. Tristeza infinita cayó sobre su alma cuando Halma le dijo en tono de maestro: «Ahora, José Antonio, te vas por donde has venido, y sin mi permiso no vuelvas acá, ni abandones las ocupaciones á que deberás una independencia honrada.» Con tal autoridad pronunció estas palabras, que el calavera arrepentido no tuvo aliento para contradecirlas y exponer su deseo. Sentíase tan inferior, tan niño, ante la que le gobernaba en sus sentimientos y en su conducta, que no pudo ni pedirle menos severidad, ni explicarse con ella sobre la pesadísima y cruel condena que le imponía. Verdad que estaban delante Nazarín y los forasteros, y no era cosa de hacer ante ellos el colegial mimoso. Faltaban tan sólo minutos para la partida, cuando la Condesa dijo al curita de San Agustín: «Señor don Remigio, si usted

no se opone á ello, se quedará en el castillo el amigo don Nazario, porque si es bueno para la salud el ejercicio del entendimiento, no lo es menos el corporal, y conviene que alternen. Ya concluirá más adelante esa gran recopilación de los Discursos de la Paciencia.

—Lo que usted disponga, señora mía, es ley —replicó don Remigio, ya con el pie en el es-tribo.—Si nuestro buen Nazarin prefiere que- darse, quédese en buen hora... Que lo diga él.»

Con semblante confuso, y casi casi con lágrimas en los ojos, el peregrino respondió:

«Yo no determino nada.

—¿Pero usted qué prefiere?

—Pues, la verdad, estimando mucho la hospitalidad del señor cura, y ofreciéndole ponerme á su disposición para terminar aquellos apuntes y cuanto guste mandarme, hoy me quedaria, pues la señora Condesa así lo desea.

—Es que... verá usted, don Remigio, como tenemos tanta obra en casa, necesito que me ayuden mis buenos amigos. Hay que estar en todo, y cuantos viven aquí han de arrimar el hombro á las dificultades. Mañana pienso probar el horno de pan, y deshacerlo si no nos resulta bien. Con que...

—Que se quede, que se quede. Usted es aquí la santa madre, usted manda, y los hijos... á obedecer calladitos. Señor de Urrea, ¿no monta usted?»

Lívido y tembloroso, Urrea no acertaba ni á despedirse airosamente de su prima. Era una máquina, no un hombre. Su tristeza le cogía todo el sér como una parálisis, matándole la voluntad. Montó á caballo, y partió con el cura y con Amador, sin saber que existía en el mundo un pueblo llamado, por buen nombre, San Agustín.

VI

Mientras Amador fué en compañía de los dos viajeros, menos mal. Don Remigio charlaba con él de montura á montura, dejando al otro en la libre soledad de sus pensamientos. Pero el bravo paleta se despidió en los Molinos (encrucijada de donde partía el sendero que á sus casas de la Alberca conducía), y ya solos el cura y el primo de la Condesa, desencadenó aquél sobre éste todo el torrente de su locuacidad. Difícilmente, apurando sus donaires, logró sacarle del cuerpo alguna que otra palabra, y conociendo al fin que el motivo de su tristeza no era otro que el pronto regreso á San Agustín, quiso consolarle con estas compasivas razones: «Créame, señor de Urrea, en Pedralba, á estas horas, estaría usted soberanamente aburrido. ¿Sabe usted lo que hacen allá desde anochecho hasta que cenan? Pues rezar, rezar, y rezar que se las pelan,

y usted, hombre de piedad muy problemática, cortesano al fin, chapado á la modernísima, huirá del santo rezo como los gatos del agua fría. ¡Si entiendo yo á mi gente... ah!... Verdad que también en San Agustín, en cuanto lleguemos, rezaré yo el rosario con Valeriana y algunas vecinas. Pero usted se puede ir con Láinez al casino, y cenar con él, y volver á mi modesta casa, á la suya, digo, á la hora que le acomode. En Pedralba, con el último bocado de la cena en la boca, se acuestan todos á dormir como unos santos. ¡Bonita noche iba usted á pasar allá! No, señor madrileño, con sus puntas de calavera, y sus ribetes de escéptico materialista, no está usted forjado en estas costumbres entre rústicas y monásticas. ¡El campo! ¡Pues poco que le cansará el campo! Para usted, ponerle de noche en medio de estas soledades, será lo mismo que si á mí me meten de patitas en un salón de baile. ¿Qué haría yo? Salir bufando. *Suum cuique*, señor de Urrea. Con que, no le pese venir conmigo. En el casino, entiendo que hay billar, tresillo, y se habla de política... lo mismo que en Madrid.»

No consiguió el buen curita consolarle, y el alma del calavera arrepentido se ennegrecía más conforme se acercaban á San Agustín. Llegados al pueblo, resistióse á ir al casino. Desde la sala oía el rezo del rosario en el comedor;

durante la cena hizo desesperados esfuerzos por aparentar alegría, y se retiró á la alcoba, impregnada del olor de paja. Le dolía la cabeza.

Interminable y tormentosa fué para él la noche; levantóse muy temprano, acompañó á la iglesia á su digno amigo y anfitrión, y mientras éste se despojaba en la sacristía de las vestiduras sacerdotales, José Antonio puso en práctica la idea concebida entre dolorosas vacilaciones al amanecer, resolución que, una vez compenetrada en su voluntad, adquirió la fuerza de un acto instintivo. Como escolar castigado, que se escapa del colegio, tomó el caminito de Pedralba, á pie, y al perder de vista las casas de San Agustín, sintióse más aliviado de su mortal ansiedad, y con valor para arrostrar lo que por tan atrevido paso le sucediese. Las nueve serían cuando avistó el castillo, y antes de acercarse, exploró las tierras circunstantes, dudando si hacer su entrada por el camino derecho, ó por algún atajo. Esto era pueril, y sus vacilaciones, al término del viaje, denunciaban al colegial prófugo. No viendo á nadie por aquellos contornos, anduvo un poco más, y su vista prodigiosa le permitió distinguir desde muy lejos, en una ladera del monte, dos bultos, dos personas. Con un poco más de aproximación pudo reconocer á Nazarín y don Ladislao, que estaban cortando leña, y allá se fué, rodeando un buen

trecho, para que no le viera la gente del casti-
llo. Hablar con Nazarín antes de presentarse á
la Condesa, le pareció un trámite muy oportu-
no, tras del cual ya vió, con fácil optimismo,
solución satisfactoria. Al llegar junto á los dos
leñadores, Nazarín, que desde lejos le había vis-
to venir, no manifestó sorpresa. Vestía el cura
ropas de Cecilio, calzaba gruesos zapatones, y
su cabeza descubierta recordaba más al proce-
sado del hospital de Madrid que al sacerdote de
la rectoral de San Agustín.

«¡Hola, don Nazario...! ¿trabajando, eh?...
Aquí me tiene usted otra vez. Pues he venido...
¿Con que cortando leña?

—Sí señor... Este ejercicio al aire libre me
agrada mucho. La señora Condesa está buena,
gracias á Dios. Parece que ha venido usted á pie.

—Un paseito. No estoy cansado.

—Pues no pudimos arreglar el horno: tienen
que venir los albañiles. La señora me mandó á
paseo, quiero decir, á que me paseara, y aquí
estoy ayudando al amigo don Ladislao.

—Bien, hombre, bien. Pues yo quería... ha-
blar con usted, querido Nazarín—balbuceó
Urrea, abordando el asunto.—Usted es un san-
to, digan lo que quieran, y me ayudará á obte-
ner el perdón de Halma, por haber vuelto acá
sin su permiso.

—La señora es muy indulgente.

—Pero mi falta es más grave de lo que pa-
rece, porque he venido con propósito firme de
quedarme aquí, y no salgo ya de Pedralba si no
me sacan descuartizado. Óigame.

—¡Hombre, hombre!... señor de Urrea—dijo
Nazarín dejando á un lado el hacha, para con-
sagrarse á oír con calma las confidencias del
parásito corregido.

—Pues verá usted... Mi prima quiere tener-
me en Madrid. Ya está usted al corriente. Yo
era un perdido; ella, con su infinita bondad,
maestra de la virtud y destructora del pecado,
me transformó; hizo de mí otro hombre, hizo
de mí un niño; me infundió el miedo del mal,
el amor del bien. Yo no me conozco. La tengo
por una madre, y la obedezco en cuanto man-
darme quiera; pero no puedo obedecerla en una
cosa... repito que soy un niño... no puedo obe-
decerla en la disposición tiránica de vivir en
Madrid, porque lejos de ella me asaltan tenta-
ciones, ó llámense recuerdos, de mi anterior
vida mala, y la corrección que tanto ella como
yo deseamos, no se afirma, no puede afirmarse.

—¡Hombre, hombre...!

—Ayer vine con propósito de hablarle de
este asunto y pedirle que me dejase aquí; pero
no tuve valor para decírselo. ¡Tanta gente de-
lante...! Convénzase usted de que soy un niño,
y de que el antiguo desparpajo del calavera se

ha convertido en una timidez invencible... Palabra que sí... Pues me dijo que me volviera á San Agustín, y me volví; el caballo me llevó como una maleta, y hoy, sin darme cuenta de ello, movido de una irresistible fuerza, me he venido á Pedralba, me han traído las piernas, que antes se me romperán en mil pedazos, que volver á llevarme á Madrid. Y yo le pregunto á usted: ¿Se enojará mi prima? ¿Se obstinará en que viva lejos de ella? Porque ha de saber usted que he cometido una falta gravísima, una falta en la cual parecen reverdecer mis mañas antiguas, mi mal corregida perversidad. Verá usted.

—¿A ver, á ver...?

—Pues Halma me arregló en Madrid una pequeña industria para que yo trabajase, y adquiriera, como ella dice, una honrada independencia. Mientras Halma permaneció en Madrid, muy bien: yo trabajaba, y empecé á ganar dinero... Pero se va ella, quiero decir, se viene acá, y adiós hombre, adiós propósitos de enmienda, adiós trabajo y formalidad. Me entró una murria espantosa; yo no vivía, yo no comía, yo no pegaba los ojos. Una mañana, ... no sé si fué un demonio ó un ángel quien me tentó. ¿Qué cree usted que hice? Pues en un santiamén vendí todos los trebejos, máquinas, utensilios, papel; realicé, liquidé, y me vine acá.

—Con propósito de no volver á la Villa y

Corte. ¡Pobre señor de Urrea! Ignoro cómo tomará la señora este arranque. Yo, sin autoridad para juzgarlo, no lo veo con malos ojos.

—¡Porque usted es un santo!—exclamó Urrea con ardor, levantándose del suelo para abrazarle.—Porque usted es un santo, y el sér más hermoso y puro que hay sobre la tierra, después de mi prima; y el que diga que Nazarín está loco, ¡rayo! el que se atreva á decir delante de mí tal barbaridad...!

—¡Eh... Señor de Urrea, calma, pues creemos que el loco es usted...!

—Para concluir, señor Nazarín de mi alma, si usted intercede por mí, lo primero que debe decirle, después de darle cuenta de mi última calaverada, el traspaso de los trebejos, es que yo quiero que me admita aquí como á uno de tantos. Quiero ser un pobre recogido, un infeliz hospiciano. ¿Que se necesita hacer vida religiosa?... pues seré tan religioso como el primero. ¿Que se necesita trabajar en estos oficios rudos del campo? pues José Antonio será el más activo y el más obediente obrero que ella pueda suponer. Pónganme en el último lugar; aposénteme en la cuadra que no se crea bastante cómoda para las caballerías; rebájenme todo lo que quieran. ¿Qué piden? ¿Humildad, paciencia, anulación? Pues aquí, bajo su gobierno, sintiendo su autoridad materna y su divina protección,

yo seré humilde, sufrido y no tendré voluntad. ¿Que habrá que rezar largas horas? Yo rezaré cuanto ella y usted me enseñen. Las faenas rudas no sólo no me asustan, sino que las deseo, y pienso que han de serme tan útiles para el cuerpo como para el alma... Y diciéndole usted todo esto, señor Nazarin, como usted puede y sabe decirlo, yo creo que... ¡Ah! se me olvidaba una cosa muy importante...»

Diciendo esto, echó mano al bolsillo y sacó una carterita. «Aquí está lo que obtuve de la venta de todo aquel material, y del traspaso de mi negocio. Déselo usted; no vaya á creer que me lo he gastado de mala manera en Madrid.

—No, mejor es que lo guarde para entregárselo usted mismo.

—Pues en broma, en broma, son la friolera de nueve mil y pico de pesetas, con las cuales *podríamos* hacer aquí algo de lo que ayer indicaba don Pascual Amador.»

Dijo el *podríamos* con acento de ingenua oficiosidad, que hizo sonreír á Nazarin.

«No sé—replicó éste, incorporándose en el suelo.—Tenga usted presente, que al instalarse aquí la señora con nosotros, sus pobres amigos en Dios, sus hijos más bien, ha quebrantado toda relación con el mundo de allá, para emplear su vida en el servicio de Dios y en actos de caridad sublime. Podría considerar la señora

que usted no es enfermo, ni pobre, ni necesitado, y que...

—Que me admitan en concepto de loco—dijo Urrea interrumpiéndole con viveza.

—¡Oh, no! para locos, bastante tienen conmigo—replicó don Nazario, con inflexión humorística, casi casi perceptible.

—Y como pobre, ¿quién lo es más que yo? Y como necesitado de corrección, de atmósfera moral... ¡Por Dios, queridísimo Nazarin, no me quite usted las esperanzas!

—Aquí no se entra sino con el corazón bien dispuesto para la piedad, amigo Urrea, y si la señora dejó en las calles de Madrid, como ella dice, su corona y todos los demás signos del orgullo social, nosotros debemos arrojar en la puerta de Pedralba las pasiones, los deseos desordenados, todo ese farrago que entorpece la vida del espíritu. Son aquí precisas de todo punto la obediencia á nuestra madre doña Catalina, y un acatamiento incondicional á sus designios.

—Nadie me ganará—afirmó Urrea con emoción,—en venerar y adorar á mi prima, mirándola como lo que Dios nos permite ver de su presencia en esta tierra miserable. Que me admita, y ninguno, ni usted mismo, me aventajará en sumisión, ni en considerar á nuestra maestra y señora como una madre. Si quiere some-

terme á una prueba de acatamiento, que no me hable, que no me mire, que me dé sus órdenes por conducto de usted ó de otro cualquiera, y yo viviré calmado y satisfecho sólo con sentirme cerca de ella, bajo su dulce despotismo. Admirándola, aprenderé el amor de Dios; y su perfección, relativa como humana, me dará el sentimiento de la absoluta perfección divina. Ella será mi iniciación de fe; por ella seré religioso, yo que he sido un descreído y un disipado, y ahora no soy nada, no soy nadie, hombre deshecho, como un edificio al cual se desmontan todas las piedras para volverlas á montar y hacerlo nuevo.

—Bien, señor, bien—indicó Nazarín, impresionado vivamente por esta declaración, y sintiendo una gran simpatía hacia Urrea.—Ya se acerca la hora de comer. Bajaré, y hablaré á la señora. Y otra cosa: ¿usted no come?

—¿Yo qué he de comer? Mientras usted no le hable, yo no bajo al castillo. Cuando vuelva, don Nazario, tráigame un pedazo de pan.

—Espéreme aquí.

—Y acabaré de partirle aquellos troncos; así voy aprendiendo á aprovechar el tiempo—afirmó Urrea desembarazándose de la americana y cogiendo el hacha.

—Como usted quiera. Adiós. Ladislao, ya es hora: vamos.»

VII

Con infantil ardor, alentado por las esperanzas que la mediación de Nazarín le infundía, el parásito la emprendió con los troncos; pero al cuarto de hora de estrenarse en el oficio de leñador, tuvo que moderar sus bríos, porque se sofocaba y un sudor copioso brotaba de su frente. Luego volvió á la carga, conteniéndose en la medida de sus naturales fuerzas, y mientras más troncos partía, más vivo era el contento que inundaba su alma. ¡Ah, pues si le fuera permitido meterse de lleno en aquella vida! Aprendería mil cosas gratas, como arar, sembrar, escardar, cuidar aves y brutos, hacerse amigo de la tierra, súbdito del reino vegetal y campestre. Y no se le haría cuesta arriba en tal ambiente la vida religiosa, ascética, privándose de todo regalo y hasta de hablar con gente. No tendría más amigos que los animales, y esclavo del terruño, conservaría libre y gozoso el pensamiento para elevarlo á Dios á todas horas del día. En estas cavilaciones le cogió la vuelta de Nazarín, á eso de la una y media. Cuando le vió venir, con su reposado paso de siempre, sin anticipar con su mirada albricias ni desengaños, el corazón se le saltaba del pecho.

«La señora—manifestó el cura mendigo,

cuando estuvo á tiro de palabra,—dice que baje usted á comer.

—Pero...

—Nada, que baje usted á comer. No me ha dicho nada más.

—¿Sigue usted aquí cortando leña?

—No, hoy es jueves, y toca explicar la Doctrina á los niños. Aquilina les ha dado la lección. Cuando la señora tenga organizada la escuela, todos alternaremos en la enseñanza.

—Hasta eso haría yo, si ella me lo mandara: domar chicos, y meterles en la cabeza el a b c. ¡Quién me lo había de decir...! En fin, voy. ¿Sabe usted que estoy temblando? ¿Y qué tal? ¿Se enfadó al saber...?

—Se mostró más compasiva que enojada.

—Eso ya es buen síntoma. Voy... ¿Y he de ir ahora mismo?

—Ahora mismo, pues le tienen preparada la comida.

—No tengo apetito... ¿Y de veras no dijo que soy una mala cabeza?... ¡Oh, qué bondad, qué santidad, Dios mío! ¡Ni siquiera recriminarme! ¿Cómo no adorarla lo mismo que al Dios que está en los altares? Nada, verá usted cómo me perdona, y me admite, y... El corazón me dice que sí. Procede como la Divinidad, la cual, según ustedes, concede todo lo que se le pide con fe y compunción. Yo tengo fe en ella, querido

Nazarin, y derramo lágrimas del alma sólo por sentirme bajo su divino amparo. Vamos allá, que seguramente usted, que es también santo, habrá intercedido gallardamente por este infeliz. Lo dicho, dicho: el que se atreva á sostener que Nazarin está loco, se verá con José Antonio de Urrea. No lo tolero... mi palabra que no...

—Sea usted juicioso, amigo mío.

—¡Locura la piedad suprema, locura la pasión del bien ajeno, locura el amor á los desvalidos! No, no... Yo sostengo que no, y lo sostendré delante del cura y del juez y del Obispo y del Papa, y del mundo entero.

—No alborotarse, y vaya comprendiendo que en Pedralba no se disputa, ni se sostienen opiniones más que por quien puede y debe hacerlo. Los demás, á obedecer y callar. ¿Usted qué sabe si yo soy loco ó soy cuerdo?

—¿Pues no he de saberlo?

—Ea, basta... Vamos pronto, que la señora nos aguarda.»

Bajaron, y cuando Urrea entró en la casa y en el comedor más muerto que vivo, lo primero que le dijo su prima, poniéndole la comida en la mesa, fué: «Pero, hijo, estarás desfallecido. ¿Por qué no bajaste á comer con Nazarin y don Ladislao?»

Echóse Urrea de rodillas á sus pies, diciendo con trémula voz que él no probaría bocado

mientras no recibiera el perdón que humildemente solicitaba.

«Eres un niño—le dijo Halma.—Come, y después hablaremos... Pero como eres un niño grande, y con resabios mañosos, hay que sentarte un poquito la mano. Come con calma, pobrecito... ¿Tú quieres hierro? Pues hierro. Yo no contaba contigo para esta vida, porque nunca creí que la resistieras. Se hará la prueba con todo el rigor que exige tu pasado y las malas costumbres que todavía conservas.»

Comiendo y suspirando, por momentos risueño, por momentos conmovido hasta derramar lágrimas, José Antonio le dijo que por grande que fuera el rigor de la prueba, no lo sería tanto como su energía y tesón para resistirla, y que á todo se hallaba dispuesto con tal de vivir bajo la santa autoridad de Halma. No le arredraban las cuestas por agrias que fuesen. ¿Cuesta religiosa? pues á ella. ¿Cuesta de trabajos rudos, como de presidiario? pues á ella.

Como llegara don Pascual Amador, se habló de otros asuntos. Iba el paleta hidalgo á llevar á la señora unos documentos de la Alcaldía de Colmenar para que los firmara, y se despidió después de tomar un vasito de vino. «Don Pascual—le dijo Halma, entregándole la cartera que poco antes le había dado su primo.—Hágame el favor de guardarme eso. Son...

—Nueve mil seiscientas cincuenta—apuntó Urrea.

—No lo necesitaré—añadió la Condesa,—hasta que emprenda la roturación del prado grande. Porque me decido, señor don Pascual, me decido. Hay que sacar del suelo de Dios todo lo que se pueda. La huerta la empezaremos el lunes, rompiendo la tierra con los brazos que aquí tengo. Mire usted, mire usted qué obrerito se me ha entrado por las puertas...»

Celebró mucho Amador los nuevos propósitos de la señora, que concordaban con sus ideas del fomento de Pedralba, y partió á vigilar á los jornaleros que tenía en la Alberca.

«Para hacer boca—dijo Catalina al neófito,—me vais á desescombrar, entre tú y los sobrinos de Cecilio, las ruinas éstas, hasta descubrirme el suelo.

—Ahora mismo.

—Ten calma. Esta tarde vas al cuarto bajo de la torre, donde provisionalmente tenemos la escuela, y oirás la explicación de la Doctrina Cristiana... Como has estado cortando leña, esta noche tendrás unas agujetas horribles. Descansas, y mañana, á lo que te he dicho, como preparativo para faenas más penosas.

—Para mí no hay nada difícil estando aquí.

—Vivirás en la otra casa, con Cecilio. Esta noche arreglarás tu cama en el pajar, como Dios

te dé á entender. ¿No has dormido tú nunca sobre un montón de paja? Yo sí, allá muy lejos de España... y en aquellos días de abandono y miseria, me pareció el colmo de la incomodidad y de la humillación. Hoy me sería indiferente.

—Me instalaré muy gustoso en el pajar.

—Esta noche, en la nota de los encargos que ha de traer de Colmenar el tío Valentín, pondremos: un chaquetón de paño pardo para ti, unos zapatos gruesos, de lo más grueso que haya, una faja, una montera... Verás qué elegante estás. Como en tu domicilio no hay espejo, podrás mirarte en el charco de la fuente. Y cuando venga la pareja de bueyes, aprenderás á uncirlos, á manejarlos. ¿Sabes tú lo que es un arado, y el peso que tiene? Pues ya te irás enterando. Comerás con nosotros, pues aquí no debe haber más que una mesa para todos los habitantes de la ínsula. Día llegará en que Cecilio y su gente, y el tío Valentín, comamos reunidos. Mañana, si las agujetas no te estorban mucho, después que hayas tomado el tiento á las piedras de las ruinas, vuelves á partir un poquito de leña... No quiero que estés ocioso ni un momento. La prueba tiene que ser seria, para que yo pueda formar de ti un juicio seguro, y te considere capaz ó incapaz de compartir nuestra vida. Pues aguárdate, que luego ven-

drán los ejercicios religiosos, el madrugar con el alba, las mortificaciones, la asistencia de enfermos... ¡Ah! todavía no te has hecho cargo de la gravedad de lo que deseas y pides. Tú, hombre de salones, hombre sin principios, inteligencia demasiado sensible á la actualidad, á lo nuevo y reciente, te has dejado influir por esas rachas de ideas que vienen del extranjero, lo mismo que las modas del vestir, del comer y del andar en coche. Te cogió la ventolera religiosa, que suele soplar de vez en cuando, lanzada por las tempestades que recorren furiosas el mundo, y ya tenemos á Urreita delirando por lo espiritual, como deliraría por un autor nuevo, ó por la última forma de sombreros ó trajes. Y te vienes acá con una piedad de *aficionado*, que no es lo que yo quiero, ni nos hace falta ninguna.

—No es eso, no es eso—replicó José Antonio con acento persuasivo.—Yo quiero creer, yo anhelo parecerme á ti, conservando la distancia entre mi monstruosa imperfección y tu...

—Basta: no me gusta la palabrería lisonjera.

—Mi aspiración es volver á empezar, más claro, volver á nacer. Me he muerto; resucito hijo tuyo, y esclavo tuyo. Encárgame de los oficios más bajos y humillantes, y en cosas de religión lo más difícil. ¿Asistir enfermos has dicho? Nazarán me enseñará.

—En eso y en otras muchas cosas, buen maestro tuyo y mío puede ser.»

En esto pasó Nazarín por delante de la ventana del comedor, cambiadas ya las ropas de leñador por las de cura. Iba al ejercicio de Doctrina, y ya los rumores de algazara infantil anunciaban que la familia menuda se reunía en la sala provisionalmente destinada á escuela.

«Allá voy yo también—dijo Urrea viéndole pasar.—Quiero ser como los pequeñitos. Verdaderamente, ese hombre me parece divino, y por él, por la influencia que sin duda tiene en ti, he conseguido tu perdón. ¿Qué te dijo, qué razones alegó en mi favor?»

—No hizo más que contarme lo que habías hecho.

—¿Y tú...?

—Le pedí su parecer sobre la resolución que debía tomar contigo.

—¿Y él...?

—Me dijo que debía admitirte.

—¡Prima mía—exclamó Urrea con exaltación, braceando por alto,—al que me diga que ese hombre está loco, le mato!... ¡ah, no!»

Llevóse la mano á la boca como para contener la palabra, y volver á meterla para adentro.

«No, no le mato, dispensa. Pero le... Tampoco... Lo que haré será decir y proclamar, con-

tra la opinión de todo el mundo, que no es demente, que no puede serlo, que el mayor de los contrasentidos sería que lo fuese... Y tú crees lo mismo, Halma, no me lo niegues: tú crees lo mismo.

—¿Tú qué sabes?... Silencio, y á la Doctrina.

—Voy.»